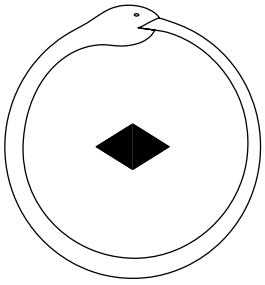


DESBORDES
Nastassja Martin



cuadernos
SELVAGEM



DESBORDES

Nastassja Martin

El texto de este cuaderno fue adaptado por Nastassja Martin a partir de su charla en la travesía Aguamadre, que tuvo lugar el 25 de octubre de 2025, a bordo de una embarcación en la Bahía de Guanabara, Río de Janeiro.



El viajero entra a la quebrada bruscamente. La voz del río y la hondura del abismo polvoriento, el juego de la nieve lejana y las rocas que brillan como espejos, despiertan en su memoria los primitivos recuerdos, los más antiguos sueños.

JOSÉ MARIA ARGUEDAS, *LOS RÍOS PROFUNDOS*

Cuando me pediste que pensara en el tema del Agua, la primera palabra que me vino a la mente, por analogía, fue “abisal”. Hay tantas aguas. Las aguas de la cima y las aguas del fondo, las aguas congeladas de las altas montañas de donde provengo, las aguas que caen en copos giratorios en este mismo instante sobre mi casa, al otro lado de este mar, las aguas suspendidas en el cielo, que ascienden en forma de vapor o caen sobre nosotras en cortinas de lluvia, las aguas de los manantiales, del rocío, de los arroyos, de los ríos, del océano primordial donde los primeros seres se encontraron para crear juntos una tierra que habitar. También está la naturaleza cósmica y vertiginosa de las memorias orgánicas que el Agua transporta, si consideramos su relación magnética con los movimientos lunares y planetarios. Y, finalmente, está el agua que mejor conozco: la de mis ojos, que lloran de rabia ante la magnitud del desastre, que lloran de gratitud cuando el amor es evocado, el agua de mis ojos que captura el día para recordar la luz y sueña por la noche.

El agua es abisal, más allá de la imaginación, no solo por la diversidad de sus metamorfosis y meta estabilizaciones, sino sobre todo porque el elemento agua nos remite necesariamente al motivo del origen. No es de extrañar, entonces, que la antigüedad occidental hiciera del

agua algo más que un espejo para Narciso, más que un medio para la meditación incesante: uno de los principales objetos de su filosofía. Como ocurre con el pensamiento mítico, poético y onírico, las filosofías del agua —como el heracliteísmo¹— se han negado a abandonar ese lugar de origen primordial.

Dicho esto, el abismo que se abre bajo mis pies al adentrarme en esta propuesta acuática es, probablemente, ante todo de naturaleza contemporánea y política: ¿cómo hablar del Agua en un mundo literalmente coagulado por el miedo? Ahí es donde quisiera comenzar: si el Agua es fuente de vida, el miedo es fuente del materialismo extractivista. El miedo al que me refiero aquí va más allá de la subjetividad individual; se ha infiltrado en la memoria del tejido social moderno, volviéndose a la vez crónico e informe, líquido como el agua, pero despojado, purgado de sus potencias nutritivas: ya no sabemos de qué hilo tirar. Este miedo se multiplica al fijarse en una multitud de imágenes desordenadas, que rezuman y se desbordan por todos los poros de lo colectivo, generando políticas de emergencia reiteradas que pretenden responder a estados de alerta incontrolables. “Seguridad” se ha convertido en la consigna por excelencia, supuestamente destinada a responder a la “inestabilidad en las fronteras” - en todas las fronteras. La narrativa *mainstream* (ese gran río en el que se espera que rememos) nos dice que todo el mundo aspira necesariamente a un retorno a la calma, a la normalidad, a las constantes, al orden y a la previsibilidad. Sin embargo, son precisamente esos estados aparentemente “apaciguados” los que se nos siguen escapando. Aquí es donde quisiera centrar mi atención: si tomamos en serio la idea de que los cambios ambientales y climáticos actuales nos están devolviendo a la edad del mito, y si reconocemos la disolución de nuestras fronteras personales y colectivas como nuestra condición existencial presente, entonces tal vez podamos mirar este miedo de frente sin quedarnos inmediatamente paralizados —o disueltos, según se prefiera.

Al entregarnos a la ilusión de un control humano sobre todos los demás componentes de los mundos, hemos renunciado al dominio de

1. Una referencia al filósofo griego Heráclito de Éfeso (c. 540 a. C. – 480 a. C.), cuya visión central sostiene que todo está en flujo permanente, un devenir continuo que determina la transformación constante de las cosas. (N. de la T.)

una memoria: aquella que se enciende en el momento del peligro, con los músculos tensos, la atención agudizada, la apertura a la posibilidad del salto; aquella que mata o salva, la que autoriza el renacer. Hemos neutralizado a los seres y entidades que daban sentido y dirección a los miedos, que los inscribían en el espacio y el tiempo y los hacían habitables, superables. Esta neutralización nos lleva a creer que hemos erradicado el miedo fisiológico que surge de la sensación de ser perseguidos, rastreados, sobrepasados, engullidos, quemados, arrasados por aquello que existe fuera de lo humano. ¿Y qué hemos obtenido a cambio? La normalización cotidiana de un miedo latente, el famoso estrés inherente a la vida moderna, que se infiltra en todas las capas de nuestras vidas y puede llegar a saturar la totalidad de la experiencia individual y colectiva. Nuestra condición de encarnación mamífera no nos ha preparado —ni a nosotras ni a ningún otro ser vivo— para soportar el régimen de miedo cotidiano al que hemos consentido, un miedo que se alimenta de todo y de nada. Si no hemos vaciado el mundo de sus potencias —seamos sinceras, eso es imposible—, al menos hemos abolido nuestra capacidad de vincularnos con ellas.

Mi punto de partida es este: ya no estamos habituadas a vincularnos con los tipos de entidades que hoy emergen, aquellas que parecen moverse sin cuerpo ni mente, las potencias elementales. ¿Cómo sostener nuestro miedo frente a los grandes flujos geofísicos que nos desbordan? ¿Frente a los incendios que devoran y reducen a cenizas ecosistemas enteros, a las represas que se rompen y las olas que arrasan, a las tormentas que devastan y los huracanes que aniquilan? Las fuerzas elementales siempre se manifiestan demasiado rápido, con demasiada intensidad, con una brutalidad y una escala que exceden toda medida. En un instante, tienen la capacidad de destruir todos los esfuerzos que hemos dedicado durante siglos a intentar encauzarlas. Sus movimientos, profundamente imprevisibles, pueden ser tan súbitos como un relámpago: breves, implacables, inexorables. Piensen en la tormenta en la cima y en el deslizamiento de lodo que sepulta el valle. Piensen en la ladera que se derrumba y corta los caminos. Piensen en el tornado que arranca los techos. Piensen en la ola gigante que borra una ciudad del mapa. Piensen

en el volcán que estalla, recordándonos los rostros aterrados y petrificados de los habitantes de Pompeya el día del cataclismo².

Qué extraño, si recordamos que somos nosotras quienes hemos derrotado a las potencias elementales al mismo tiempo que derrotábamos a los dragones —derrotado, en el sentido de mantenerlas a raya. Gestionadas. Diseñadas. Manipuladas. Contenidas. Confinadas. Encerradas. Controladas. Estos son los términos que rigen nuestra “seguridad” moderna. Y sin embargo, a pesar de toda esta ingeniería y de los muros que hemos levantado entre nosotros y el mundo, ¿podemos decir que estamos a salvo? La respuesta es tan breve e implacable como un relámpago: no. ¿Qué nos queda entonces? El miedo como motor último e intocable de la necesidad absoluta de seguridad, que a su vez justifica la aparente necesidad de seguir gestionando y controlando los flujos elementales, de ponerlos a trabajar, hasta el punto de una manipulación geoingeniería³ que pretende dirigir y orientar sus movimientos.

Las lógicas de planificación propias del régimen de transición energética se suponen capaces de responder eficazmente a la necesidad de descarbonización, aunque nada es menos seguro. Estas perpetúan y ponen de manifiesto la relación reductiva que mantenemos con los flujos elementales, percibidos como recursos inanimados disponibles para su apropiación y considerados renovables por ser inagotables. Evidentemente, aquí está el problema. Estos flujos, además de condicionar la habitabilidad de la tierra, se han convertido también en los protagonistas de lo que llamamos cambio climático. Son ellos los que se manifiestan y nos vuelven a plantear la cuestión del modo de relación que mantenemos con ellos, del tipo de captación, de canalización y de manipulación que implementamos, capaz de contenerlos al tiempo que los hace productivos. Su irrupción fuera de los límites en los que debían mantenerse, señala la fisura de dichos límites. Es bien sabido que al imponer fronteras demasiado rígidas sobre los seres vivos, estos siempre terminan

2. En el año 79 d. C., el Vesubio entró en erupción, arrojando ceniza, rocas y otros restos volcánicos sobre la ciudad romana de Pompeya. Durante cientos de años, la ciudad permaneció sepultada bajo una gruesa capa de escombros y fue redescubierta en el siglo XVIII. (N. de la T.)

3. La geoingeniería consiste en intervenir de forma deliberada y a gran escala en el sistema climático de la Tierra, generalmente con la intención de mitigar los efectos del calentamiento global, aunque sus consecuencias aún no se comprenden plenamente. (N. de la T.)

por transgredirlas. Numerosas figuras mitológicas, como la del *trickster*⁴, personifican esa disposición a sobrepasar las capacidades que se les atribuían, convirtiéndose en una cosa distinta de lo que los humanos esperaban. Este factor común se verifica hoy en el incremento de catástrofes climáticas; se manifiesta en aquellos que no tienen boca para decirlo, ojos para verlo, oídos para oírlo ni piel para sentirlo.

Si queremos seguir las huellas de los humanos que nunca dejaron de plantearse la cuestión de las potencias que co crean sus mundos, debemos entender que estas manifestaciones elementales responden a un diálogo roto entre seres y entidades de composición distinta; un diálogo, sin embargo, necesario para mantener una tierra habitable. ¿Qué nos indica esta postura reflexiva si se la aplicamos a nosotros mismos? ¿Qué ocurre si tomamos en serio la idea de que los flujos elementales están respondiendo, mediante sus desbordes, a la normalización de la economía del miedo —y, por tanto, a la ruptura del diálogo— en la que vivimos? Surge una idea relativamente simple: estamos pagando la deuda. Si los remedios a la crisis no pueden encontrarse a través del solucionismo tecnológico, porque éste sólo imita y reproduce los axiomas de una ontología obsoleta, entonces quizás haga falta sumergirse más profundo, mover el bloque de granito que sella la entrada de la cueva y plantarse allí, frente a la marea creciente, saltar en lo desconocido como se salta al mar.

Imaginemos nuestros propios cuerpos como embarcaciones. El casco serían las costillas; el mástil, el esternón; los pulmones, las velas. La capitana de esta embarcación sería el corazón. Es el corazón, con su fuego, quien marca el ritmo de las mareas internas de sangre sobre las que navega nuestro navío, abriendo la posibilidad del aliento al inflar los pulmones y empujar el aire hacia arriba, hacia la voz, hacia la posibilidad de un encuentro. Pensemos en lo que ocurre cuando el agua-sangre pierde su fluidez al coagularse a destiempo. Se forman coágulos que obstruyen nuestras arterias: impiden la acción metronómica del fuego del corazón que pulsa la vida en nosotras; al sofocar ese fuego, comprimen nuestra respiración. Literalmente nos quedamos sin aliento, aturdidas, nuestra voz —nuestro camino— se apaga y desaparece. A través de esta ima-

4. Figura presente en diversas tradiciones mitológicas que encarna el engaño, la ambigüedad y la transformación. Suele actuar como mediador entre mundos, desestabilizando el orden establecido para abrir nuevas posibilidades. (N. de la T.)

gen —que quizá no sea solo una imagen— y de esta embarcación que se mece cada vez con mayor frecuencia en un mar agitado, demasiado salado, demasiado caliente, demasiado ácido, despojado de la diversidad de su vitalidad, quisiera señalar que es la totalidad de nuestra relación con las potencias elementales, dentro y fuera de nosotras, la que se encuentra en desequilibrio. Una de las preguntas que orienta mi investigación actual podría formularse así: ¿cómo abrir fisuras lo suficientemente amplias para que el Agua vuelva a infiltrarse, resquebrajando el hormigón de nuestras estructuras internas y externas, tan ingeniosamente diseñadas? ¿Podemos reconectarnos con los principios antropológicos más compartidos en torno al agua y volver a invocarla para que nos nutra, nos purifique, nos sane y nos regenere? Las “enfermedades elementales” deben —todavía, y quizá hoy más que nunca— ser tratadas “con medicinas elementales”.

En francés, tenemos esta evocadora expresión, fórmula de salvación cuando todo se derrumba por dentro y por fuera: “*retourner aux sources*”, literalmente, “volver a los orígenes”. Volver a las fuentes, a los orígenes fundamentales, implica literalmente hacer el esfuerzo de ascender hasta la naciente, depositar ofrendas, inclinarse para beber el agua y realizar las abluciones, y luego reencontrarse regenerada y sanada. Pensemos en los cientos de fuentes milagrosas y manantiales mágicos que hay por toda Francia y que, hasta hace no mucho, eran usados para curar multitud de males del cuerpo y del alma, y restablecer el frágil equilibrio alquímico entre los cuatro principios elementales. De este “volver a los orígenes” deriva otra expresión francesa: “*se ressourcer*”. Literalmente, sacar nuevas fuerzas de un depósito de potencial infinito, reconectarse a la fuente, regenerarse. El agua de las fuentes es el vector de un nuevo nacimiento iniciático, permite morir a una vieja versión de uno mismo para poder renacer.

De la posibilidad de este “retorno a las fuentes” —de nutrirse desde los orígenes— deriva otra palabra, tan debilitada que ha terminado por borrar la potencia activa y animada del elemento Agua: “recurso”. Con este término designamos todo aquello de lo que podemos disponer a voluntad en nuestra frenética búsqueda de seguridad, cada vez que nos cubrimos los ojos con las manos y nos escondemos bajo las sábanas,

como hacen los niños cuando sienten miedo. Si todo, absolutamente todo lo que existe en la Tierra, ha sido forzado a convertirse en “recurso” —incluso los humanos (recursos humanos)—, si podemos recurrir a ti y a cualquier otro ser como si fueras un reservorio de potencial infinito en cualquier momento, este rasgo se vuelve aún más evidente cuando hablamos de las potencias elementales. En el corazón de los vestigios del mundo occidental, ni el Agua, ni el Aire, ni la Tierra, ni el Fuego están ya animados; ya no nos preguntamos si deberíamos escucharlos; se han vuelto pura materia o simples flujos geofísicos disponibles de inmediato para su apropiación. Y es precisamente ahí donde la maquinaria se atasca y deja al descubierto la mentira descarada que hemos aceptado creer: el viento sopla, el mar se eleva, el trueno retumba, la tierra tiembla.

Volvamos a nuestras raíces. La octava superior de ese retorno —en la posibilidad de volver a nutrirnos desde el origen— es la posibilidad de un diluvio, íntimo o colectivo: una era termina, otra comienza. Mientras las pequeñas fuentes y arroyos, resguardados en los pliegues de colinas, montañas y acantilados, sanan dolencias menores y tienen el poder de limpiar las impurezas del cuerpo y del alma, las grandes masas de agua —inundaciones, lluvias torrenciales, tsunamis— poseen la inmensa potencia de borrar la historia. Las aguas suaves de los manantiales devuelven al soñador a un estado renovado tras haber bebido de su memoria; las grandes aguas *terraform*⁵ el suelo común, arrasando todo lo que ha echado raíces en su camino, dejando solo ruinas como recuerdo. Pienso en la historia de Daria, en Kamchatka, a finales de los años 1960, en el río que se desbordó tras “una gran ira”, según sus palabras, y atravesó la taiga como mil caballos al galope, arrancándolo todo, borrando de un solo golpe el intento soviético de establecer una granja estatal en lo profundo del bosque. Incluso los huesos de los muertos enterrados bajo tierra fueron llevados a la superficie y forzados a disolverse. Nada queda de esa época, dice Daria: el Agua se lo llevó todo. Pienso también en Saint-Christophe-en-Oisans, un pequeño pueblo de montaña vecino al mío, en el lago subglacial de gran altitud que estalló el año pasado, en

5. Término tomado del inglés *to terraform*, que designa la transformación deliberada de un territorio —o incluso de un cuerpo celeste— para modificar sus condiciones y hacerlo habitable. En este contexto, se utiliza de forma ampliada para nombrar la capacidad de ciertas fuerzas, como el agua, de reconfigurar radicalmente un paisaje, alterando sus formas, equilibrios y memorias. (N. de la T.)

el río desatado que descendió como un dragón vengativo, arrasando un pueblo con siete siglos de historia. El corazón de la iglesia permanece ahora abierto al cielo: el río partió el edificio en dos y arrastró la mitad en su corriente.

Cuando oímos hablar de tales acontecimientos, no sorprende que las manifestaciones de las potencias elementales puedan pensarse como respuestas —en este caso, respuestas coléricas. Si tomamos en serio lo que muchas comunidades indígenas vienen diciendo desde hace tanto tiempo, el uso de este término no es ni metafórico ni simbólico. La Tierra responde a través de sus fluidos y de sus flujos, y la pregunta permanece: ¿hasta dónde debemos llegar para poder escuchar esa respuesta? La potencia animada del Agua no es, en efecto, pensada en todo momento y en todo lugar. Una entidad que se presenta como fluidez, “fluyendo desde la fuente”, como un lenguaje continuo y sin asperezas, difícilmente será reconocida como la voz de una respuesta. Como señala Henri Corbin, “la potencia del agua no se piensa en su infinitud, sino en el lugar donde se quiebra.”⁶ La *tabula rasa* que resulta de la respuesta de las grandes aguas a nuestras fallas de diálogo es trágica, pero también abre una posibilidad: volver a pensar con las entidades que componen nuestros mundos, y reconquistar los territorios del sueño para imaginar futuros distintos a ese mundo de agua habitado por inversores ricos que se reparten los restos del pastel hasta que ya no queda nada.

Agua y sueños, entonces. Gaston Bachelard decía que “el agua es una especie de destino”, un sueño sin principio ni fin, cuyo constante pulir y disolver metamorfosea sin cesar la sustancia del ser. Así, el Heracliteísmo se convierte en una filosofía antropológica: nunca nos bañamos dos veces en el mismo río porque los seres humanos comparten el destino metamórfico del agua que fluye. Heráclito de Éfeso afirmaba que el alma, al desprenderse momentáneamente de las fuentes del fuego vivo durante el sueño, “tendía por un instante a transformarse en humedad”. Si aceptamos que para soñar profundamente debemos soñar con los elementos, entonces el agua se vuelve una protagonista muy concreta en nuestra historia. Preguntémonos: ¿y si fuera el Agua quien

6. Nuestra traducción de ‘l’agentivité de l’eau ne se pense pas dans son infinité, mais à l’endroit où elle vient se briser’. (N. de la T.)

sueña en nuestros ojos? El poeta francés Paul Claudel decía que el agua era la mirada de la Tierra, su aparato para observar el tiempo. El poeta, como tantos pueblos indígenas, afirmaba que el verdadero ojo de la Tierra era el Agua. Su poesía era geografía en el sentido literal: soñaba la Tierra, que a su vez soñaba con él, y se entregaba a trabajar una “geoneírica”⁷ de la Tierra. Escuchemos la literalidad de esta fórmula: “es el agua la que sueña en nosotros y fuera de nosotros, porque el agua es el ojo”⁸. Preguntémonos entonces de qué lado caen la metáfora y el símbolo cuando hoy se habla de una geografía cuya cartografía superficial ha olvidado que debía pensar en algo más que en la ordenación del territorio. Sigamos un momento más con Claudel y esta intuición que lo acerca nuevamente a una “geoneírica mítica” que resuena aquí, en la Bahía de Guanabara: hablaba del río como “la licuefacción de la sustancia de la Tierra, la erupción de un agua líquida enraizada en la profundidad de sus pliegues, leche bajo el tirón del océano que amamanta”. La imagen del agua como leche nos permite captar de inmediato sus principios nutritivos. El agua se vuelve ultra leche, la leche de la madre de las madres. Si exageramos, podríamos incluso decir que, de los cuatro elementos, solo el Agua puede acunarnos. Acunarnos como una madre. El agua que nos sostiene y nos mece nos hace madre. Y también regresa a la propia Tierra, que se vuelve viva al beberla.

Pero atreverse a decir todo esto, ¿no es irracional? ¿No son acaso meras asociaciones de ideas, expresiones sensibles y poéticas sin validez científica? Y, sin embargo, estas correspondencias vienen de lejos, persisten a pesar de la apisonadora de la racionalidad moderna y resisten tanto el desgaste del tiempo como la aniquilación de la diversidad cultural. La posibilidad de un diálogo basado en correspondencias entre seres y entidades de distinta composición resulta físicamente absurda y fisiológicamente inaceptable; y, aun así, es la única verdad onírica, poética y mítica capaz de seguir resonando entre mundos.

Miremos los hechos: nos encontramos en un estado de *embargo ontológico*. Bruno Latour solía decirlo así: moderno es quien cree que los

7. Término compuesto a partir de *geo* (Tierra) y *oneírica* (relativo al sueño), que alude a una dimensión en la que la Tierra es pensada como entidad que sueña y es soñada. (N. de la T.)

8. Nuestra traducción de ‘c’est l’eau qui rêve en nous et hors de nous car l’eau est l’œil’. (N. de la T.)

otros creen. Moderno es quien ve a los demás como seres extrañamente apegados, atrapados en la creencia y la pasividad. Ese es el núcleo del problema. Hemos, en efecto, despojado a la creencia de su ontología, separando objetos y sujetos e inventando símbolos y representaciones que, a su vez, explican por qué los humanos creen. Los sujetos de esas creencias —el Agua, el Viento, las Piedras, el Rayo, el Arcoíris, el Río, y tantos otros— han sido, por su parte, vaciados de sus potencias generativas, esas mismas potencias que atraviesan territorios y épocas. Desde ahí, preguntémonos una vez más: ¿qué es lo que nos aterra y nos asombra ante la idea de reabrir el mundo relativizando las causalidades efectivas descritas por la ciencia moderna? ¿Y de dónde proviene esa noción de “creencia”, en la que siguen siendo encasilladas todas las comunidades que tejen relaciones fuera del marco de la causalidad moderna? Esta noción descansa en la distinción entre saber y ilusión. Y esta idea plantea un problema profundo, como han señalado muchos investigadores y pueblos indígenas: la vida práctica y encarnada de todas las personas —modernas o no— no encaja en esa distinción, que literalmente se desmorona cuando los humanos “están con” o “están entre”. Es otra forma de vida la que sostiene esa separación: la forma de vida teórica.

Decir esto no resuelve el problema. ¿Por qué resulta imposible abandonar la fractura entre saber y creencia? Y, si lo hiciéramos, ¿qué mapa usaríamos para orientarnos? Si definimos la política como la construcción progresiva de un mundo común, resulta difícil comenzar exigiendo a quienes aspiran a formar parte de él que renuncien a las relaciones que los mantienen con vida. Además, evitamos aplicarnos el desapego que imponemos a otras personas: nos guste o no, seguimos siendo convocadas por la naturaleza y la sociedad, así como por la necesidad y la libertad sostenidas por el modelo moderno de abundancia. Eso es la globalización: alimentar el mito de que el mundo común será la extensión y la implementación de uno de estos dos ámbitos. Recordemos la vieja máxima que no deja de resurgir: liberar los recursos y a las personas poniéndolos a trabajar.

Entonces, ¿qué hacer? No estamos obligadas a venerar espíritus, ni las imágenes o símbolos en los que se los representa o incluso encarna, para devolverle vida al mundo. Pero podemos hacer otra cosa: concebir

la posibilidad de conexiones performativas que hagan emerger un mundo. Podemos dirigir nuestra atención hacia aquello que se crea entre seres y entidades de distinta constitución. Puede que me estén siguiendo, pero el miedo comienza a asomar de nuevo. ¿No estaremos desliziándonos, derivando de una pluralización ontológica hacia una laxitud ontológica? ¿No son demasiadas las cosas que habría que considerar si los vínculos históricos y situados tejidos con el rayo, los espíritus y las montañas han de coexistir con el “estilo de veridicción”⁹ moderno? Sentimos la tentación de volver atrás. La cadena causal no estaba tan mal, después de todo; era, al menos, más tranquilizadora. El simbolismo y la “diversidad cultural” que colorean el mundo en mil matices —eso ya parecía suficiente. No queremos, desesperadamente, regresar a las brumas de los tiempos míticos, donde las fronteras entre los seres se disuelven.

Pero ¿no es precisamente eso lo que la crisis actual nos está imponiendo? ¿Reflexionar sobre las reconfiguraciones que exige un mundo en el que seres y entidades se liberan de sus marcos habituales, desplazando nuestro entendimiento común? Tal vez. Pero eso será solo un primer paso. Después tendremos que trazar los contornos de esta cartografía, que me gustaría llamar constelar.

¿Cómo repensar las instancias de diálogo entre seres tan distintos que, en principio, no deberían poder comunicarse? ¿Cómo volver a dar lugar a los vínculos performativos sin caer en un relativismo laxo donde “todo vale” —los personajes de *World of Warcraft*¹⁰ tanto como las divagaciones de Donald Trump? Para renovar las relaciones performativas dentro de una metodología de tipo constelar, debemos reactivar la memoria. Volver sobre el camino, seguir el hilo hacia atrás y anclarlo en una profundidad de múltiples afectos, múltiples composiciones y múltiples territorios. Debemos hacer el esfuerzo de rehacer el recorrido, cada vez, para distinguir las relaciones sanas de las tóxicas. Las relaciones vacías de las que están llenas. En definitiva, debemos volver a la etnografía y llevar a cabo la investigación.

9. Veridicción: término de raíz foucaultiana que designa los modos en que se produce, valida y enuncia la verdad en un determinado contexto. No se refiere a la verdad en sí, sino a los marcos, prácticas y discursos que establecen qué puede ser considerado verdadero. (N. de la T.)

10. Videojuego de rol multijugador masivo en línea (MMORPG) lanzado en 2004, ambientado en un universo de fantasía donde millones de jugadores interactúan a través de personajes, misiones y mundos virtuales compartidos. (N. de la T.)

Las constelaciones no modernas nos sanan porque nutren entidades en estados múltiples y frágiles, sin exigir que persistan obstinadamente ni que provengan únicamente de nuestra psique. ¿Por qué? Porque la pregunta no se plantea en esos términos. Ese no es el punto; se trata de cómo se siente, de considerarlas como potencias que transforman nuestras propias vidas, de lo que abren como campo de práctica y de pensamiento: un enriquecimiento. Si esta disposición se sostiene, el extractivismo puro, el consumismo, la disponibilidad permanente, el conservacionismo —todo eso— se vuelven imposibles. Nos encontramos entonces en situaciones que nos exigen retomar el diálogo y dar lugar a aquello que irrumpe en nuestras vidas.

Para terminar, vayamos a Socoroma y salgamos definitivamente de las abstracciones que encajan muy bien en el motor Excel de la transición. Socoroma, un pequeño pueblo *Aymara*¹¹ en la frontera entre Bolivia y Chile, significa «donde corre el agua». Las montañas y los manantiales que brotan de ellas esperan las ofrendas que se harán durante el ritual de la Cruz de Mayo. Salvo que ya no existen lugares fuera de esta era. Hace un año, un camión lleno de petróleo volcó en la empinada carretera que domina el pueblo. Llovía, algo poco habitual. El petróleo se infiltró en todos los manantiales y se extendió por todos los cultivos. Plantas de maíz, patatas y orégano alrededor de las cuales se baila cada año en febrero para animarlas a crecer y perpetuar la posibilidad de la vida en estas altitudes. Se cortó el agua en Socoroma. Las tierras quedaron contaminadas. Les pregunto: ¿Qué tienen en mente los habitantes? ¿Qué sucede con la *manqha pacha*, las fuerzas del inframundo, materializadas de forma muy concreta en la sustancia negra y viscosa que no es compatible con la vida? ¿Quién tendrá que encontrar la manera de reanudar el diálogo con las fuerzas del inframundo para reparar la afrenta y purificar el agua? Ellos. Porque la situación es esta. No tiene nada de imaginario ni de mítico: nuestro mundo es el pueblo del agua sumido en el petróleo, mientras otros, un poco más lejos, discuten tranquilamente sobre el futuro de la transición energética.

11. Los *Aymaras* son una de las comunidades indígenas más antiguas de los Andes. Su historia está vinculada a diversas culturas precolombinas que florecieron mucho antes del Imperio *incá*.

Nastassja Martin es antropóloga, escritora y cineasta. Se interesa por las relaciones entre cosmologías autóctonas, historia colonial y crisis sistémicas en un contexto de cambio climático. Es autora de dos ensayos, *Les Âmes sauvages. Face à l'Occident, la résistance d'un peuple d'Alaska* (La Découverte, 2016); *À l'Est des rêves, réponses Even aux crises systémiques* (La Découverte, 2022), además de una obra narrativa, *Croire aux Fauves* (Verticales, 2019). Ha realizado dos documentales *Kamtchatka, un hiver en pays Évène* (51', ARTE); *Kamtchatka, un été en pays Évène* (50', ARTE) y un largometraje, *Tvaïian* (90', ARTE), próximo a estrenarse. Actualmente ocupa la cátedra CNRS Habitabilidad de la Tierra y Transiciones Justas, y está afiliada al ISJPS (Sorbonne, Paris 1).

REVISION

DANIELA RUIZ

Arquitecta, diseñadora de jardines y aprendiz junto a la Planta del Té. Daniela investiga sobre el tiempo y las relaciones entre los seres humanos, seres vegetales y los seres mas que humanos. Colabora con Selvagem desde 2019 y coordina el grupo de traducción al español. Es brasileña y actualmente vive en Barcelona.

La coordinación editorial de este Cuaderno Selvagem está a cargo de Anna Dantes, la producción editorial de Daniel Grimoni (Alice Faria cuando regrese), y el diseño está a cargo de Tania Grillo. La revisión del texto en español es de Daniela Ruiz.

Más información en selvagemciclo.org.br.

La coordinación editorial de este Cuaderno Selvagem está a cargo de Anna Dantes, la producción editorial de Daniel Grimoni, y el diseño está a cargo de Tania Grillo. La revisión del texto en español es de Daniela Ruiz. Más información en selvagemciclo.org.br.

Nos alegra profundamente seguir el recorrido de los materiales de Selvagem por el mundo. Por eso, si utilizas este material de alguna forma, te invitamos también a compartir registros a través del correo anterior.

Si deseas contribuir, te invitamos a apoyar financieramente a las Escuelas Vivas, una red de cinco centros de formación dedicados a la transmisión de culturas y saberes indígenas: selvagemciclo.org.br/apoie

¡Gracias!

cuadernos SELVAGEM
Publicación digital de
Dantes Editora
Biosfera, 2026
ISBN: 978-65-84440-86-9

